



La verdad no
termina nunca **Sergi**
Doria

DESTINO

La verdad no termina nunca

Sergi
Doria

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1438

© Sergi Doria, 2018

Editorial Planeta, S. A. (2018)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2018

ISBN: 978-84-233-5404-7
Depósito legal: B. 11.470-2018
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Me acabo de mirar en el espejo. Soy rubio, casi pancha, y las lentes de rojizo carey enmarcan el azul de mis ojos. En este país de gente morena y bajita me toman por extranjero. En el colegio siempre decían que me hacía el sueco porque con la cara pagaba. Estamos en 1956 y lo extranjero sigue sin estar bien visto en España. Por eso, cuando veo a alguien con cabello rubio y ojos azules le sigo la pista...

Ese alguien ha de ser un varón y tener, más o menos, unos cincuenta años bien cumplidos.

La mirada nunca descansa. Se pasea por los andenes del metro, los vestíbulos de los cines y teatros, las mesas de lectura de la biblioteca... Hoy, por fin, he tomado una decisión arriesgada; cada semana, permaneceré un buen rato frente a la cárcel Modelo. Observaré a los familiares de los presos. Escrutaré las «lecheras» de los grises. Me acercaré, incluso, hasta el mismo umbral y, si hay suerte, tal vez pueda atrapar el momento en el que el preso esposado baja del coche celular rumbo a su cautiverio.

En este crudo invierno con temperaturas bajo cero —dicen que una ola polar está asolando Europa— ha-

cer esto a media tarde, cuando se avista el crepúsculo, puede sonar a temerario. No tanto porque la policía me eche el ojo y me tome por un compinche de los reclusos, sino porque hace un frío que pela.

Andaba yo pensando si no era muy arriesgado añadir a mis investigaciones esta modalidad de inspección carcelaria. He atravesado el Ensanche en diagonal lanzando bocanadas de humo como si fuera una locomotora humana, aunque a velocidad menguante.

Aquí me tienen. Frente a la Modelo.

Después de media hora larga de patear el suelo para no congelarme, parece que tendré suerte... Se abre el portalón y los guardias dejan la vía expedita a un hombre alto y rubio.

Lo veo entrar en uno de los bares cercanos a la cárcel. El tiempo no está para largos paseos. Le sigo los pasos y me quedo observándolo a través de los cristales que se empañan a medida que arrecia la humedad vespertina. Se ha sentado en uno de los taburetes. Pide un carajillo de coñac.

Si entrara en el bar, no podría tomar nada; llevo poco dinero en el bolsillo y el poco que llevo es por si he de coger el tranvía. Con lo que ella cose, a duras penas llegamos a fin de mes y, aunque he empezado a trabajar, todavía no he cobrado mi primer sueldo.

El hombre saca un paquete de caldo de gallina y lía un cigarro... Su expresión fatigada da a entender que es un perdedor: ¿de la guerra?, ¿de la vida? Un apestado que acaba de salir de la cárcel y está más solo que la una.

Solo yo esperaba que saliera de prisión alguien

como él. Seguro que ha pasado años intentando comprender el porqué de su reclusión. ¡Atención! El hombre ha apurado el carajillo y el cigarro; suelta una moneda sobre la barra y se dispone a dejar el bar...

Ha llegado el momento. No puedo fallar.

Le salgo al paso. Si le pregunto si estuvo en las Brigadas Internacionales va a pensar que soy un confidente de otra Brigada, la Brigada Social, dispuesto a seguir amargándole la vida.

Cambiamos de tercio.

—Perdone, ¿es usted español?

El hombre vuelve la cara con el temor de quien ha estado mucho tiempo vigilado. Me mira con los ojos muy abiertos, no contesta nada y aprieta el paso. Atraviesa la calle Entenza y mueve las manos con energía. Al otro lado de la calle, le saluda una mujer con un moño en forma de ensaimada. La pareja se funde en un prolongado abrazo. El eco de voces rebota en los muros de la Modelo.

—Me han *soltao* antes de la hora. He *tomaao* algo en el bar. Con este frío... —dice él.

—Yo te espero lo que haga falta. ¡Qué seis meses más largos, pero ya los hemos *pasao*! —exclama la del moño acariciándole la mejilla.

El hombre se percata de que sigo ahí; levanta la mano y me dirige un gesto poco amistoso. Llama la atención de la mujer. Le señala donde yo me encuentro.

—¿Y a ese qué coño le pasa? ¡Me está tocando las narices desde que he salido del bar!

La mujer se une a sus quejas.

—¡Que te largues, pasmarote! —grita con voz aguardentosa.

El hombre hace ademán de volver a cruzar la calle con gesto agresivo y yo tomo las de Villadiego. Puedo oír sus comentarios a mis espaldas...

—¿Pero de dónde ha salido ese pavo? Va y me dice que si era español. ¡De Guadalajara y a mucha honra! ¡Estamos buenos!

—Como está en la acera de enfrente... ¡A ver si será un sarasa! —aventura la del moño.

Reflexiono mientras camino a paso vivo. Un día de estos vas a tener problemas. Ese hombre no es la persona que yo busco. Lo parecía, pero no es extranjero... Español y de Guadalajara. ¡Vaya chasco! Un pobre diablo que ha cumplido su pena de seis meses. Ni hablar de volver a la Modelo... Al final me ficharán. O me tomarán por loco. O lo que ha dicho la tía esa: por maricón.

Otra pista perdida. Nada de acento, nada de preso político. Poca heroicidad y mucha chulería castiza.

Ese desgraciado no podía ser mi padre.

2

Cuando no soporto este micromundo en el que intento sobrevivir, me meto de cabeza en la Biblioteca Central de la calle del Carmen. Después del fiasco de mi investigación en la Modelo, espero tener más suerte con mi trabajo. Es el primer encargo para la Gran Enciclopedia Popular: preparar dos entradas, una sobre el pintor ruso Kandinski y otra sobre Alexandre Jean Louis Promio, el hombre que trajo a España el invento que los hermanos Lumière llamaron cinematógrafo.

Me temo que de nuevo estoy siguiendo la pista equivocada. Tengo sobre la mesa un manojo de apuntes agavillados de mala manera en una carpeta: los firma un tal Alejandro Promio que, al parecer, conoció a los dos personajes... Y que además tomó el nombre del operador. Ligada con un par de descoloridas cintas rojas, la carpeta debió de ser clasificada por error y atribuida al pionero del cine.

Si sigo por ese camino no voy a avanzar en mis pesquisas sobre monsieur Promio, el auténtico, el del cinematógrafo. Pregunto a la bibliotecaria si disponen de más documentos sobre el representante de los

Lumière; con expresión de incomodidad y esa sequedad tan propia de las bibliotecarias me dice que ya me facilitó toda la documentación disponible; que lo consultará en la sala de reserva donde se ordenan los legados y donaciones privadas.

Habré de conformarme con el Promio de pega. El viento helado hace temblar los ventanales. Un rumor hipnótico que me deja con la mirada fija en los muros tatuados con letras góticas... ¡A ver quién es el valiente que asoma la nariz a la calle! Aquí se está calentito. Cines y bibliotecas: mis refugios en esta posguerra que no acaba nunca.

Vuelvo al manuscrito. Y me gusta lo que leo. Hay que reconocer que el Promio de pega escribía con mucha convicción sobre el ilustre predecesor que le dio nombre...

Sigo leyendo y ya no tengo tanta prisa por volver al trabajo que me ha traído hasta aquí.

El viaje en el tiempo me lleva al año 1896...

Aquel día, Alexandre Jean Louis Promio, representante del cinematógrafo que habían patentado los hermanos Lumière, intentaba mantener el equilibrio en el bamboleo de una góndola sobre las aguas turbias del Gran Canal.

Nuestro hombre ofrecía el aspecto del típico buen burgués: luengos bigotes, chaleco blanco y botas de charol refulgente. En ese momento no sabía que, además de probar la cámara que promocionaba por diversos países, estaba haciendo historia. Eso se le ocurrió de camino al hotel.

—Aguarde un momento... *Un attimo!* —urgió al gondolero.

—*Signore?*

—El movimiento del agua... Quiero captar cómo nos vamos distanciando de la otra orilla. Espere.

El gondolero dejó de mover el remo y se quedó boquiabierto al ver a Promio extraer un artefacto parecido a una cámara fotográfica, pero con manivela, de aquella bolsa negra que tanto le intrigó desde que recogió a su pasajero en Rialto. El señor francés, que también hablaba italiano, se incorporó; la góndola empezó a dar bandazos: el acelerado compás inquietó al gondolero.

—*Signore... Atenzionne!!*

Absorto en el manejo de su artefacto, Promio parecía sordo. ¿Acaso no percibía los acuciantes embates del agua contra el casco de la barca? Después de ordenar al gondolero que volviera a remar, se acomodó en la proa y, estirado como un tirador de la guerra de Crimea, orientó la caja negra hacia el canal y le dio a la manivela.

Y pasó a la Historia.

Acababa de estrenarse como operador de cámara: había inventado el travelling, aunque él todavía no era consciente de ello.

Cuando la góndola alcanzó el hotel Rímini, el hombre de confianza de los hermanos Lumière atesoraba una bella vista. Le iría muy bien para las próximas demostraciones del invento.

Promio pagó al gondolero, que lo observaba con evidente perplejidad. Le soltó un par de billetes; el gondolero hizo el gesto —protocolario— de devolverle el cambio, pero el francés medio italiano con pinta de buen burgués ya había saltado a tierra. Estuvo a

punto de perder el equilibrio, amarrado al artefacto con manivela que volvió a proteger con la bolsa negra.

—Y ahora a recoger más vistas por el mundo —se dijo.

Cuando los hermanos Lumière contemplaron las tomas de Promio en Venecia y Chartres, no solo lo confirmaron como jefe de operadores y representante oficial de su invento: lo animaron a proseguir sus viajes.

Y nuestro hombre se fue directo a España.

Cuando llegó a Barcelona, Promio se presentó a los hermanos Antonio y Emilio Fernández, regentes del estudio Napoleón de la Rambla, muy cercano al hotel Cuatro Naciones donde se hospedaba.

—Venga, venga —los hermanos hablaban al unísono.

—Mire... El edificio de enfrente. Ahí tiene usted a un competidor que se le ha adelantado. Ya se lo advertimos a los *monsieurs* Lumière... —le dijeron señalando el teatro Principal.

Promio puso cara de sorpresa.

—Acaban de ofrecernos una sesión especial del Kinematographe. Cuando usted llegó volvíamos de allí —explicaron a coro.

—Hemos disfrutado de seis vistas —advirtió Antonio.

—Bulevares de París repletos de jinetes y algún auto —añadió Emilio.

—Una estación ferroviaria, me parece que de Vincennes —volvió Antonio.

—Y un baile con música española. Este ha gustado mucho —remató Emilio.

Promio había escuchado con el rostro tenso. Había que darse prisa... rumió.

—La maldita competencia. Esto es cosa de George William de Bets y los *frères* Isola. En París los tenemos enfrente del Salón Indien. Pero lo suyo ya está muy visto. Viajan mucho y filman poco. Yo traigo en esta maleta vistas que nunca han imaginado. El Gran Canal desde una góndola. Todo se mueve como si uno navegara...

Los hermanos Fernández se quedaron mirando la maleta como dos niños que están a punto de desenvolver los juguetes la mañana de Reyes.

—Venecia... ¿Y qué más? —entonaron al unísono.

Promio les guiñó el ojo.

—He pasado por Madrid. He filmado una corrida de toros que mató un tal Mazzantini, la salida de los alabarderos del Palacio Real y las maniobras de los artilleros de Vicálvaro. He paseado con mi cámara, rodeado de curiosos, por la Puerta del Sol... Gracias a los buenos contactos de los señores Lumière con la embajada francesa, celebramos en el hotel de Rusia una sesión para la reina regente María Cristina, acompañada de sus tres hijos: Isabel, María Teresa y Alfonso. Nos hemos ganado cierta respetabilidad científica. No se confundan. El cinematógrafo no es el «animatógrafo». El cinematógrafo está ya en el salón de proyecciones de la Carrera de San Jerónimo y el «animatógrafo» está donde debe estar: en el circo.

A los hermanos Fernández les brilló la mirada. El francés sonaba convincente.

—¿Podremos ver algo de lo de Madrid? Nos puede interesar si usted quiere que seamos sus representantes en Barcelona...

Satisfecho de su poder de convicción, Promio se mesó los bigotes y dejó pasar unos instantes de silencio, como si se lo pensara, haciéndose el interesante.

—*Voyons*... Les puedo proyectar las vistas francesas: la llegada del tren, la demolición de un muro, el jardín de las Tullerías, los Campos Elíseos, la salida de la fábrica Lumière...

—Pero... ¿Y las vistas de Madrid?

Promio volvió a exhibir un gesto de misterio.

—Hay que esperar. Debido al método exclusivo, y obviamente secreto, del revelado de negativos de la casa Lumière debo enviar todas las películas a Lyon para el acabado. En un par de semanas las tendré a su disposición. Mientras las revelan, seguiré tomando vistas, ahora en Barcelona... ¿Me acompañarán?